

Eduardo SAN JOSÉ VÁZQUEZ reseña a Rafael ROJAS, *Motivos de Anteo. Patria y nación en la historia intelectual de Cuba*, Madrid, Editorial Colibrí, 2008, 402 páginas.

MOTIVOS DE ANTEO, DE RAFAEL ROJAS: HISTORIA DE UNA IDEA, BIOGRAFÍA DE UNA NACIÓN

Entre su ya larga lista de títulos publicados, el historiador cubano Rafael Rojas (Santa Clara, 1965), exiliado desde hace casi veinte años en México, donde es profesor del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), ha dado a conocer en la última década una serie de ensayos históricos acerca de la idea de nación en Cuba. Así, por ejemplo, la biografía intelectual que traza en su ensayo *José Martí: la invención de Cuba* (2000)¹, donde muestra al prócer republicano como creador de los resortes dialécticos, simbólicos y poéticos de la nueva nación; o *Un banquete canónico*², donde recupera la forja de las sucesivas ideas de nación en los textos de varios escritores cubanos: las ficciones fundacionales de Antonio Bachiller, José Martí, Julián del Casal, Dulce María Loynaz, Severo Sarduy, Virgilio Piñera, Reinaldo Arenas o Roberto Fernández Retamar, entre otros; autores en

1 Vid. Rojas, Rafael, *José Martí: la invención de Cuba*, Madrid, Editorial Colibrí, 2000.

2 Vid. Rojas, *Un banquete canónico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

quienes verifica las interferencias y exclusiones simultáneas de tres cánones literarios: el cubano, el latinoamericano y el occidental. En esta misma línea, su nuevo ensayo, *Motivos de Anteo. Patria y nación en la historia intelectual de Cuba*³ puede suponer la culminación de las reflexiones de Rojas sobre el tema.

Desde la perspectiva metodológica de la historia intelectual —corriente de estudio que representa una evolución post-estructuralista desde la «historia de las ideas» nacida al calor de la escuela francesa de los *Annales* y de la *nouvelle histoire* y el neomarxismo—, Rojas ha realizado un extenso mapa evolutivo del surgimiento y elaboración discursiva de las ideas de nación en Cuba. *Motivos de Anteo* culmina la trilogía ensayística en la que se inserta, de acuerdo con las palabras de su autor. Así, *Isla sin fin* (1998)⁴, implícito homenaje al ya clásico ensayo *La isla que se repite* (1989), del escritor cubano, exiliado en Massachusetts, Antonio Benítez Rojo, a cuya memoria terminará dedicando Rojas *Motivos de Anteo*. A su vez, en *Tumbas sin sosiego* (Premio Anagrama de Ensayo en 2006)⁵ Rojas resumió la guerra dialéctica por la memoria colectiva de Cuba, fatalmente dividida hoy por el maniqueísmo ideológico formado alrededor de la revolución castrista, como una historia de disputa, selección o arrumbamiento de determinados mitos y arquetipos nacionales: un campo de contienda donde la historia oficial habría conseguido crear, de acuerdo con el autor, un doble tipo de marginación de los discursos alternativos, lo que Rojas denomina como «exilio» e «insilio».

Recogiendo los cabos sueltos de estos otros títulos de la trilogía, y supliendo al mismo tiempo su predominante condición

3 Vid. Rojas, *Motivos de Anteo. Patria y nación en la historia intelectual de Cuba*, Madrid, Editorial Colibrí, 2008.

4 Vid. Rojas, *Isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*, Miami, Ediciones Universal, 1998.

5 Vid. Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006.

ensayística con un acusado carácter historicista y compendioso, *Motivos de Anteo* consigue ofrecer un sumario amplio y detallado de las diferentes voces que se mostraron, desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, en la construcción de las ideologías de patria y nación en Cuba. El título de la obra alude, desde la réplica no siempre cómplice, al ensayo de José Enrique Rodó *Los motivos de Proteo* (1909), donde el uruguayo reflexionaba sobre la condición proteica del alma humana, que Rojas parece negar, por el contrario, en la recursiva adaptación de un puñado de viejos tópicos en los discursos de nación en Cuba. Asimismo, el título de la obra de Rojas presta un guiño intencionado a ciertos pasajes de dos autores cubanos, gestadores de sendos episodios del gran relato de la «cubanidad»: el historiador y regidor habanero Pedro Martín Félix de Arriate, quien en su crónica *Llave del Nuevo Mundo* (1750) recuperaba el mito clásico de Anteo para ilustrar la epopeya criolla de posesión de la tierra, que hoy leemos como un capítulo de protonacionalismo patricio; y Ramiro Guerra, quien, dos siglos después, en su insoslayable *Azúcar y población en las Antillas* (1927), rescatara el mismo motivo para erigir las bases ideológicas de un nacionalismo criollo blanco: una reiteración metafórica, al fin, que parecía ignorar el salto de dos siglos para formular parecidos proyectos de soberanía. Por esto, el propósito fundamental del rastreo histórico que acomete Rojas muestra la pertinaz reformulación del mito de posesión de la tierra como articulador de las ideas de patria y nación. Como observa Rojas, esta idea mítica se resuelve en tres ejes simbólicos principales, presentes en obras literarias y artísticas, discursos políticos, ensayos y cuanta fraseología heráldica y vexilológica sobre Cuba se haya producido en los dos últimos siglos: la tierra, la sangre y la memoria.

Si precisamos algo más no tanto el propósito como el resultado final del estudio de Rojas, podemos resumirlo como una vindicación histórica de las ideas de patria y nación que han quedado postergadas por el rumbo republicano, primero, y revolucionario, más tarde, de la nación cubana. Una

reivindicación, fundamentalmente, del tradicional autonomismo cubano, que Rojas se dedica a reevaluar en su ensayo junto a otras formas de organización como el asimilismo o el integracionismo. Según observa Rojas, estas tendencias políticas nunca terminaron de proscribir por sí mismas las ideas nacionalistas de Cuba, aunque ésa fuera la visión que sobre ellas trató de proyectar el independentismo neto. Para su recuperación de la memoria histórica de estos otros modelos políticos de soberanía en Cuba, Rojas se apoya en el antecedente de las obras que durante los últimos años ha venido llevando a cabo la nueva historiografía cubana, tanto dentro como fuera de la Isla, con autores como María del Carmen Barcia, Oscar Zanetti o Ada Ferrer, entre otros, cuyas obras aspiran a una superación metodológica de los estudios de la historiografía oficial reciente de autores como Julio Le Riverend o Rolando Rodríguez.

Rojas observa que dichas posiciones políticas, esas «otras soberanías de la patria»⁶, como las denomina, fueron marginadas del cambiante relato oficial de la nación cubana. Éste se habría erigido idealmente sobre la base teleológica de la soberanía plena, como un camino de obstáculos y fases defectuosas que sólo la independencia republicana vendría a corregir. Así habría sido tanto en el relato republicano, a partir de 1902, como en el revolucionario, desde 1959, que se adueñaron de los significados de la nación para desautorizar todos aquellos discursos que no participaban de la idea separatista plena e inmediata; republicana, nacional y estatalista. Una idea que ha llegado a asimilar de plano a dos próceres tan disímiles en sus soluciones políticas como José Martí y Antonio Maceo, en la intención, por parte del independentismo, de crear un panteón unánime de la nueva nación, al mismo tiempo que para defenderla de las tentaciones asimilistas y la engañosa seguridad de tutelas como la Enmienda Platt (1901). Respecto

6 Vid. Rojas, *Motivos...*, pp. 79-111.

a todo lo que se opusiera o se limitara a condicionar la opción emancipadora plena e inmediata, los discursos nacionalistas dominantes desde la época republicana indiscriminaron a los protagonistas del autonomismo, el anexionismo y aun a los del independentismo reformista y gradualista en una tibieza de velada deslealtad a Cuba. Según observa Rojas, sin embargo, anexionistas como Cirilo Villaverde, Gaspar Betancourt Cisneros y Néstor Ponce de León; o autonomistas como Rafael Montoro o Eliseo Giberga, entre otros, fueron patriotas republicanos que no dejaron de trabajar por la destrucción del orden colonial, sin que eso les sirviera para que el independentismo, republicano o revolucionario, los incorporara armónicamente en el discurso intelectual de la nación.

Como recuerda Rojas, el asimilismo, el autonomismo o el integracionismo cubanos no descartaron de su seno la idea de patria, ni siquiera la opción gradual del nacionalismo estatal. Antes bien, como cita Rojas de Eliseo Giberga, éstos habrían tratado de fomentar una “inteligencia amistosa con Estados Unidos como medio de asegurar una república independiente”⁷. Para el autor de *Motivos de Anteo*, «la historia política de Cuba no ha sido el enfrentamiento entre sujetos nacionales y antinacionales, sino, más bien, el enfrentamiento, no siempre binario, entre distintos tipos de nacionalismo: el revolucionario y el reformista, el democrático y el autoritario, el liberal y el comunista, el católico y el laico»⁸. De este modo, el ensayo de Rojas desgaja una idea secundaria presente a lo largo de todos los cortes sincrónicos en los que se detiene su análisis, como es el hecho de que la soberanía nacional sirvió, en cada momento histórico, como un pretexto populista que aducía la amenaza exterior y el argumento antiimperialista para posponer la realización efectiva de la justicia social en la Isla.

7 Citado en Rojas, *Motivos...*, p. 106.

8 Rojas, *Motivos...*, pp. 82-83.

Así, Rojas justifica en último extremo que la soberanía nunca actuó como un resorte dialéctico decisivo en la formación de una conciencia nacional cubana, sino que habría sido la conciencia de clase y las condiciones socioeconómicas las que habrían actuado como principales aglutinadores de los distintos discursos de la soberanía. Rojas comienza asentando teóricamente los conceptos de patria y nación, que más tarde servirán para aquilatar la función real de los protagonistas individuales y colectivos de cada periodo en la creación de la nación moderna. Así, la patria, como motivo sentimental asentado sobre los valores de la tierra, posee, pese a arraigarse en los paisajes comunes, la intangibilidad de lo utópico, y se sitúa más allá de cualquier horizonte posible, relacionada con afectos que, como recuerda Rojas, «no siempre gravitan hacia la construcción del Estado nacional»⁹. La idea de nación, por su parte, no cancela la de patria, pero se aplica en la concepción de una comunidad ideológica, racial o lingüística más abarcadora, cuyo horizonte se extiende, si bien no siempre, sobre la idea del Estado. Con esto, Rojas discrimina el fundamento y aparición de diversas ideas de soberanía. Así, identifica la idea de patria en Cuba con los intereses del patriciado criollo blanco del siglo XVIII; la idea de nación, con las elites criollas de intereses neocoloniales de la segunda mitad del siglo XIX, asentadas sobre la nueva economía del azúcar; y la idea de república, como una respuesta netamente anticolonial a fines del mismo siglo, tras la cual el discurso revolucionario del siglo XX habría supuesto una reacción ante la frustración histórica de una república secuestrada por la tutela extranjera y dominada por los ciclos económicos de las potencias occidentales.

Desde estas premisas, la primera parte del ensayo de Rojas, titulada «Los nombres de Cuba», deshace ciertos tópicos sobre la función de algunos considerados como precursores o padres ideológicos de la nación. Así, recuerda el elitismo de fondo de los

9 *Ibid.*, p. 18.

primeros ideólogos del patriotismo, Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero o Domingo Del Monte, cuyo proyecto soberanista se oponía de hecho al afán modernizador de la inminente sacarocracia latifundista republicana, así como al de los plebeyos y las «razas», por considerarlo aquéllos pretexto para una alienación de la posesión criolla de la tierra. El eventual nacionalismo de Francisco Arango y Parreño o la Condesa de Merlin, promotores del latifundio modernizador, derivaría, a su vez, en un propósito de dominación vertical que asentaba ciertas oligarquías sobre el resto de una nación que por esto mismo no podía pensarse a sí misma como unidad homogénea. En cualquier caso, ambas concepciones de la soberanía deshacían la ilusión de la ciudadanía común mediante una «moral cívica» racial, en el caso de unos; y los oligopolios neocoloniales de la «modernidad», en los otros.

Después de hacer un exhaustivo recorrido general a través de la fortuna de estos conceptos en los intelectuales y los movimientos políticos cubanos hasta el siglo XIX, deshaciendo falsos mitos y comprometiendo esquemas de relación automatizados por la tradición historiográfica del nacionalismo, Rojas se emplea en la reseña biográfica de varios nombres del panteón republicano cubano. Los capítulos siguientes, que componen la segunda parte del libro, titulada «El mirador de la República» se dedican, pues, a reevaluar las figuras de Ramiro Guerra, Enrique José Varona, Jorge Mañach, y Fernando Ortiz, en quien, proverbialmente, diferencia las etapas de su pensamiento, que hoy, sin embargo, aparece uniformado ante la posteridad por sus teorías de la transculturación, al servicio de un nacionalismo moderno y postétnico que casi por primera vez aspiraba a dar cabida en su seno a todas las culturas, tiempos históricos, razas y religiones que conviven en la Isla. Un creador discursivo, Ortiz, a quien Rojas defiende en su doble faceta de impulsor de instituciones perdurables y de decisivo promotor de un marco ideal de convivencia.

La última parte del ensayo, «Poéticas de la Historia», estudia el desarrollo de estas ideas en el periodo posterior a la

segunda mitad del siglo XX, dedicándose fundamentalmente a los intentos de José Lezama Lima y los autores del heteróclito grupo de *Orígenes* por forjar una identidad cultural de Cuba desde un sincretismo transculturador tomado de la última etapa de Fernando Ortiz, de la que Lezama Lima tomaría su relato del devenir nacional como «pluralidad inquieta en la semejanza»¹⁰. La identidad «barroca» que consigue erigirse sobre esa base teórica no resolvería, sin embargo, las grietas subjetivas que emergen en la apariencia armónica de la nación; con la salvedad de que su afán complejizante y la elevada autoconciencia de sus formulaciones se plasmó en el esbozo de una metáfora de nación no necesariamente encaminada a su realización histórica. A esas insalvables grietas culturales de la nación a que se refiere Rojas, el pensamiento revolucionario habría añadido hoy las fracturas de la auto-representación colectiva que impone el exilio.

Por esto, tal vez, el cierre ideal del ensayo de Rojas habría pedido un último epígrafe, extemporáneo en el arco histórico que intenta abarcar *Motivos de Anteo*, dedicado a la figura de Antonio Benítez Rojo, como heredero más consecuente de las teorías de Ortiz, y como coda lógica de una larga inquietud por resolver la unidad cultural de la nación, que en la obra de este escritor exiliado llega a desaparecer sinceramente, desde esa frontera de la Cuba exterior en el exilio sobre la que el autor de *La isla que se repite* insistía en ampliar cualquier cartografía emocional y efectiva de Cuba. Al menos basta para dar razón de esa deuda y saldarla la dedicatoria inicial de esta obra a Benítez Rojo, «quien probó que se puede pensar Cuba y el Caribe desde los bosques de Massachusetts».

A lo largo de su interpretación general de la historia de las ideas de patria y nación en Cuba, *Motivos de Anteo* es una obra que sin duda no elude su carácter polémico y el peso decisivo

10 *Idid.*, p. 281.

que en ella tiene su ocasional tono ensayístico, pero que a esto mismo añade también rigor historiográfico y método. Por esto, y por encima de su ineludible vocación de debate, es un libro que no quiere público, sino lectores.

EDUARDO SAN JOSÉ VÁZQUEZ
UNIVERSIDAD DE OVIEDO